

DON JACINTO



# DON JACINTO

Semanario imparcial batallador  
que no admite billetes de favor.

Oficinas: Cedaceros, 10.

## EL ULTIMO ESCANDALO POR AHORA



UN AFICIONADO.—Pero, hombre, ¿por qué pegan ustedes así á ese individuo?

UN GUARDIA.—¿Le parece á usted poco? Después de gastarse 10 pesetas en un tendido, todavía tiene la pretensión de que Niembro suelte toros bravos.



—¿Supongo que no te gustaría la extraordinaria del jueves?

—¡Calla, hombre, si aún no me ha salido el susto del cuerpo y hasta he padecido cólicos epáticos como los que aquejan á nuestro buen amigo Perico Niembro!

—No; los que sufren cólicos, y no epáticos, son los infelices abonados, que no han visto hora buena ni corrida de toros en sazón.

—Yo, te confieso noblemente y honradamente, que no he visto espectáculo tan imponente ni protesta tan unánime como la del jueves.

—¡Mira tú si sería grande, que el palco de la empresa, tan cuajado de suyo, quedó desierto en un momento!

—Eso he observado yo. Se inicia la bronca y desaparecen por el foro el *charcutero* y principales cómplices. Redobra el broncazo y desfilan los amigos, porque una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa.

—Chico, la verdad es que lo ocurrido el jueves no tiene precedentes.

—Hombre, sí; corridas mansas las hemos visto, y corridas de toros sin la edad, sin tipo y sin respeto han desfilado este año por el ruedo madrileño.

—¿Pero convendrías que como la del domingo han entrado pocas, porque el abuso era intolerable?

—Sí que convengo en ello, como también convengo en que su tanto de culpa tenían *Bombita* y *Machaquito*; aquél por abusar del capote, y éste porroso. Además, Ricardito, en la muerte del primero estuvo hecho una calamidad por exceso del muleteo con un manso así y no aprovechar en dos ó tres igualadas; y de *Machaquito* no hablemos, porque si aquél necesitó 54 pases y más de quince minutos para matar al novillo primero, unos 115 pases y diez y seis minutos necesitó el otro para consumir la suerte. Y si á estas desdichas sueltas á continuación un feto como el bicho causante del escándalo, encontrarías casi justificada la resultante.

—¿Pero esos toros de género infimo le costarían al empresario muy poquito dinero?

—Eso opinaba yo, hasta que vi la carta que el famoso *charcutero* publicó, el pasado viernes, en el *Heraldo de Madrid*.

—¿Una carta?

—¡Anda! menuda es, pero inocente como ella sola. El mismo señor, con una candidez admirable, confiesa que la magna y estupenda corrida del Duque de Veragua, porque corrido debió quedarse el ilustre prócer de vergüenza, le costó 10.000 pesetas.

—¿Diez mil pesetas aquello?

—Eso dice el *charcutero* bajo la responsabilidad de su firma.

—¡Qué barbaridad! Pues él mismo se echa la tierra á los ojos.

—¡No entiendo!

—Porque todo el mundo sabe que el Duque no vende un toro de primera menos de dos mil pesetas. Y si los compró á más bajo precio, prueba de que eran de segunda categoría.

—Estamos conformes. Además, una corrida de toros á últimos de temporada, cuando el ganado escasea en los pastos y el embargo se hace de pronto para salvar el compromiso de una empresa poco previsora, que siempre acude con el tiempo justo y el dinero tasado, no puede ser bueno, aunque el ganadero lo diga y Luis Mazzantini lo autorice.

—¡Eso creo yo!

—Y eso creían todos los que vieron la famosa corrida Ducal, y al no menos famoso *choto* que iba en tercer lugar y que originó la bronca.

—Todos no, porque el representante de la empresa decía...

—¿Y qué iba á decir el de Gimeno, si es capaz de volver obscuro lo que es blanco si ello le va en beneficio!

—Y además el representante de la ganadería...

—¡Bueno val!

—Y por añadidura Mazzantini también dijo que podía pasar.

—¿Pero quién le mete á D. Luis en estas danzas? Apañaditos nos veríamos si el amigo saltá concejal en las próximas elecciones por Madrid y nos lo echaban para presidir las corridas.

—Otros lo harían peor.

—No digo que no; pero el pretendiente á una concejalía madrileña fué muy fatal como ganadero y como empresario cuando quiso echarse de *charcutero*, allá, en sus buenos tiempos.

—Y claro, con tales asesores, el Sr. De Blas, que creo era el presidente, se haría un taco.

—¿Y menudo que fué! Así se comprende que en el momento del escándalo no supiera qué hacer ni qué resolución tomar.

—¿Y que el conflicto fué mayúsculo! No me hables, porque no se lo que pasa allí, cuando la gente se echó al ruedo, si no es por *Bombita*, que se agarró al rabo y estuvo coleando largo rato.

—¡Ahora calcula cómo sería el animalito y qué poderío no tendría!

—Eso no importa para que el hecho merezca toda clase de alabanzas.

—Tienes razón; pero me hubiera alegrado casi que el bicho, con más poder y más arranque, hubiera estado en libertad cuando los guindillas, sin aviso alguno, sable en mano, disparados y repartiendo mandobles á diestro y siniestro, se lanzaron al ruedo con verdadera saña.

—Entonces no se hubieran mostrado tan bravíos, y tal vez se hubieran evitado la rechifla que les largaron á continuación, acompañada de almohadillas y objetos contundentes y convincentes.

—Buena; pero comprenderás que lo de lanzarse abajo está mal hecho.

—Y tanto; porque, como decía el *Barquero*, no es abajo donde debieron acudir, sino arriba, bien arriba.

—¿Pues también ventó bueno *Dulzuras* en el *Diario Universal*!

—Pero ese apuntaba con más piadosa intención, señalando lo que puede ocurrir el mejor día, ó el peor, si los escándalos siguen, y los guardias, para los que no hay cacheos, dan en aporrear al público.

—Y no pasa nada que digamos si á cuatro socios, en vez de gritar hasta ponerse afónicos, dan con la indumentaria de la plaza y ponen en escena un cuadro palpitante del melodrama *La niña del organillo*.

—Don Modesto, en *El Liberal*, no se quedó atrás, pues imparcial, severo y justo estuvo al apreciar las causas de la catástrofe, que seguramente no hubiera ocurrido si al empresario le ataran corto, ó no tuviera tantas influencias en el partido liberal, á cambio de palcos regalados.

—Por ese extremo que nosotros hemos tocado ya en este periódico diferentes veces señalando hasta los números de los palcos referidos, viene la inhábil carta del *charcutero*, para decir que absolutamente ni un solo palco es regalado por la empresa á ningún personaje de la situación actual.

—¡Miau!

—¿Qué?

—De tejado. De manera que la prensa, traduciendo la justa indignación del público aficionado, de ese público que se le engaña primero y después se le apalea cuando reclama su derecho en la única forma ya posible, ha estado enérgica y unánime en apreciar el fondo de esta palpitante cuestión, que no se arregla con esbirros policíacos, ni con retines de la guardia civil, sino con disposiciones acertadas y en tiempo oportuno.

—Tienes mucha razón, pero me parece mucho ruido para un solo toro, chico.

—No era el toro sólo el origen de la cuestión, ni la corrida del jueves la causa de la protesta. Era, sencillamente, la temporada entera la que se protestaba y la malísima gestión de este mal empresario, maestro en desaciertos y componedor de laberintos; era el abuso tras el abuso, y el engaño tras el engaño, y era, en fin, la gota de agua que desbordó el vaso lleno de grotescas burlas.

—¿De manera que ves mal parado el cuento entre la afición y el empresario?

—Tan mal parado, que no veo solución ni próxima, ni lejana, pues ese desdichado todo lo fió á altas influencias, sin cuidarse para nada del público, dueño y señor, y al cual lo deben todos esos mismos personajes que prestaron sus protecciones á ese insolvente reconocido, que merató los ingresos del Hospital, y fué Galeote de la afición madrileña.

—Me voy, porque te estás poniendo nervioso.

—Sí, vete, y termino la conversación, mas no te olvides que lo ocurrido el jueves es el resultado de la campaña que durante todo el año hemos venido sosteniendo.

EL AMIGO FRITZ.

La curación de la tisis

¡Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad!

Ustedes, mis nobles amigos y consecuentes lectores, se acordarán seguramente de la contienda sangrienta que entablaron hace pocos días en la calle de Jardines, los novilleros Juan Iglesias y Saturnino Aransáez, hombres de pelo en pecho y reconocidos como tales entre las gentes de bronce...

El primero, como dijimos, resultó con lesiones de relativa importancia y producidas por arma cortante; y el segundo, con otra herida grave, en el pecho, de arma de fuego.

Los dos siguen relativamente bien, ó casi bien, cada uno en su estilo. Iglesias, porque sus lesiones no son de cuidado, y Aransáez, porque lo del tiro ha sido un alivio ó una verdadera medicina que debe estudiar la ciencia.

A Saturnino la bala le interesó parte de la pleura, lo cual en otro cualquiera hubiera sido una agravante; pero en él no, porque precisamente por el lado de la lesión tenía el amigo una enfermedad crónica con principio de tisis.

Y he aquí por qué procedimiento tan sencillo el diestro Aransáez, á la vez que cura de la lesión del balazo, sanará de esta dolencia terrible, que unos meses más tarde hubiera sido irremediable.

El procedimiento es original, sencillo y fácil. Se lo trasladamos á los que se dedican á la cura de esta clase de dolencias.

Ya lo saben los pobres físicos.

El mejor remedio es un tiro bien dado y mejor dirigido.

Sólo consiste en acertar.

EL ESCÁNDALO DEL JUEVES

Para el Gobernador.

Se anunció una corrida de Veragua que, como era de esperar, salió mansa y hasta sin tipo ni hechura de toros ducales. El público, hartó ya de tanto y tanto buey como Niembro le ha soltado desde que en mala hora se alzó con la Plaza de Madrid, al ver asomar por los toriles un novillo del tamaño de un caracol, colérico, encendido por la ira de tan continuas burlas, invadió tumultuosamente el ruedo, después de haber arrojado cuantos objetos tenía al alcance de su mano.

*Bombita*, conteniendo al toro, coleándole, evitó las desgracias que pudieran haber ocurrido, mientras que los guardias, poseídos de santa indignación y como si peleasen contra el moro, daban de cintarazos á inofensivos espectadores que no habían cometido otro delito que el de pagar como unos cándidos corrido tras corrido pacientemente.

El espectáculo fué indigno de la Plaza de Madrid, y aun de la de cualquier villorrio.

El presidente, inepto como casi todos los que asisten á las corridas, pudo evitar aquel bochorno, aquel repugnante suceso, desechando en el apartado el toro origen de la protesta.

Y todo ello á la vista, ciencia y paciencia del Gobernador, que tranquilamente presen-

ciaba la fiesta y veía á los guardias apalear á la multitud, en lugar de hacerlo con el mercahife empresario y su áulico consejero D. Jacinto, causantes indiscutiblemente de lo que viene sucediendo en la Plaza de Madrid, por su falta de inteligencia en el negocio; por creerse impunes, contando como cuentan con el vergonzoso apoyo de las autoridades que obedecen, como si se tratase de una influencia electoral, indicaciones de Gobernación; por hacer á última hora, y en las peores condiciones, la compra de reses, cuando ya todas las empresas de fuste, Bilbao, San Sebastián, Pamplona, Valladolid, etc., tienen pedidas y separadas las mejores corridas en los prados.

¡Así, qué otra cosa puede esperarse! Pues es lógico cargar con los pesos de las ganaderías, con lo último que queda.

Eso naturalmente sin ocurrirseles ni por un momento pedir toros á Miura, Muruve, Peña, Pablo Romero y otros que figuran en primera línea, y que por razón de lo que paga el público en Madrid era donde debían lidiarse en primer lugar.

¡Y todavía se queja en una carta llorona este despreciable empresario, de que es injusta la prensa con quien como él procura complacer al público!

¡Qué sarcasmo!

Un hombre que empieza por no pagar á la Diputación el arrendamiento de la Plaza, debiendo, como debe, cerca de tres trimestres, ¿qué va á hacer con sus demás compromisos?

El inquilino que empieza por no pagar la casa donde habita, ¿qué garantías puede ofrecer para los demás?

¿Es complacer á la afición dar en todas ó casi todas las corridas dos matadores, en lugar de tres, á los que tiene derecho y costumbre de ver el público de Madrid, todo por economizarse el sueldo de un tercer espada?

¿Es complacer á la afición celebrar dos corridas de inauguración de temporada na la menos, con toreros de segunda fila, por no escriturar á su debido tiempo á los diestros de más reputación?

¿Es complacer á la afición el haber lidiado en corridas de abono Biencintos, Gameiros Cívicos, Arribas, Bañuelos y otras ganaderías de este género?

¿Es complacer á la afición sustituir, en la mayor parte de las corridas, dos ó tres toros anunciados por otros más ó menos inclusos?

¡Es el colmo del desahogo!

No, no tiene disculpa la conducta del empresario de peor historia de la Plaza de Madrid.

Si no tiene, como dicen, dinero para sus especulaciones, que deje el negocio, que se dedique de nuevo á la taberna y vuelva al mostrador, que confiese honradamente su ineptitud y se retire.

Pero empeñarse en ser á viva fuerza, ó poco menos, empresario, es cosa que indigna y que dará lugar á continuas broncas y á espectáculos tan denigrantes como el que presenciamos el jueves último.

Que es un hombre que no sabe lo que trae entre manos, lo demuestra, entre otras muchas cosas, lo ocurrido con *Regaterín*.

Este muchacho se halla en condiciones de tomar la alternativa, es un torero que puede ser, colocándole convenientemente, explotable para una empresa, pues vale. ¿Y qué hace esa calamidad de Perico?

Le suelta dos corridas de bueyes seguiditas, á raíz de doctorarse de matador de toros, como para quitarle la cabeza y como si se tratase de su peor enemigo.

Ahora mismo, ¿no se habla de una corrida extraordinaria para darle la alternativa á *Revertito*?

¿Ustedes conciben nada más disparatado?

¡A estas alturas, un torero fracasado ya como novillero!

¡A nadie se le ocurre una barbaridad tan maña!

Pues si Niembro no paga lo que debe, no tiene dinero, los ganaderos le largan lo peor de sus dehesas, y además, de inteligencia está á la altura del estribo de la barrera,

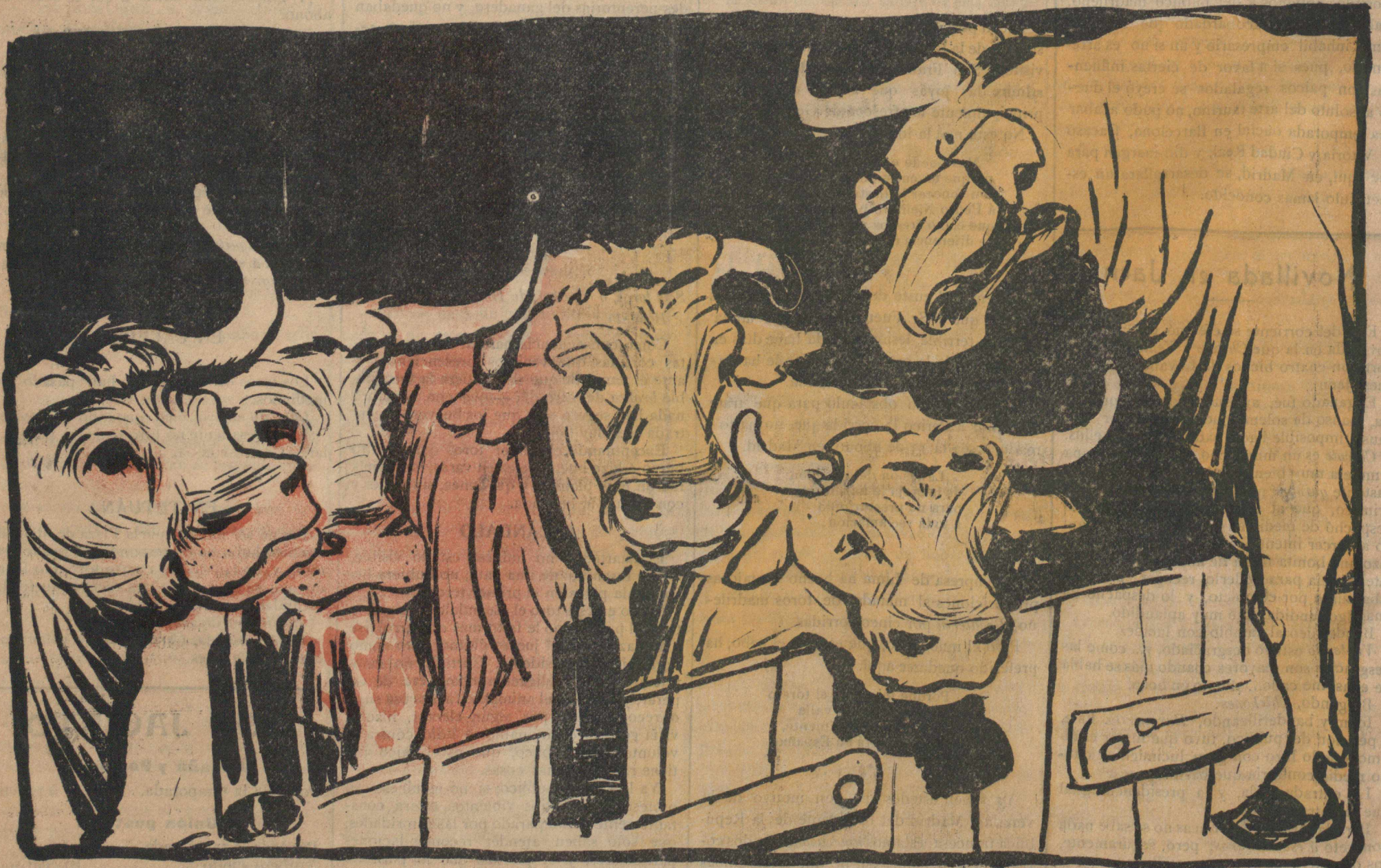


/// ASI ES LA VIDA ///



Mientras Perico, tan fresco,  
sigue sin pagar un cuarto,  
los pobres del hospital  
no tienen lo necesario.

UN ACUERDO IMPORTANTE



EL BUEY ORADOR.—Señores mansos: Os he reunido para protestar de lo que este Niembro viene haciendo con nosotros; antes los bueyes nos ocupábamos de las labores propias de nuestro sexo: arar, conducir carros y carretas; pero ahora se nos lidia, se nos mortifica injustamente y se nos mata á fuerza de pinchazos, y eso es lo que no se puede tolerar.